



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

El Padre Damián biografía de Hilde Eynikel (5)

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (5)

Capítulo IX

HACERSE ACEPTAR (Mayo 1873 - Enero 1874) (continuación) 3

Capítulo X

DOS SACERDOTES PRETENDEN LA LEPROSERÍA

Febrero 1874 - Agosto 1877..... 19

EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (5)

Capítulo IX HACERSE ACEPTAR (Mayo 1873 - Enero 1874) (continuación)

(pg 141)

En Honolulu, la lepra era el punto principal en el orden del día de la asamblea anual de la Hawaiian Evangelical Society que se celebraba el 10 de junio. El debate fue agitado, pero el voto unánime. La resolución final decía que si las medidas no hubieran sido tomadas con urgencia para proteger los elementos vitales de la población, "nuestra población hawaiana será dentro de algunos años una nación de leprosos. Lo que significa la de organización y la destrucción total de la civilización, de la sociedad y del celo de nuestras iglesias, nuestra contribución, nuestro *Hawaiian Board* y su misionariado. Lo que significa la vergüenza, la derrota y el hundimiento escandaloso de todo lo que es prometedor y justo en este país Nos colocamos en el precipicio horrible y descorazonador en que nuestros pies resbalarán rápidamente". La Hawaiian Evangelical Society exhortaba a todos los protestantes a señalar a los leprosos potenciales: "Enseñad a los leprosos que quieren permanecer en el seno de su familia y rehusan partir, que pecan contra la vida de os hombres y la ley de Dios". Los predicadores fueron encargados de enseñar a sus congregaciones que "la segregación de los leprosos estaba prescrita por la ley de Moisés en al capítulo trece del Levítico". La Evangelical Society declaró que el 18 de julio sería "un día de ayuno, en reparación de los pecados, muy especialmente de las faltas que habían favorecido la propagación de la enfermedad". Esta resolución sin apelación fue íntegramente publicada en la *Hawaiian Gazette*.

Esta noticia no había sido anunciada todavía en la leprosería cuando, el 13 de junio 1873, Meyer descendió para denunciar "las dos caras" del superintendente Jonathan Napela que recibía en su casa individuos en estancia ilegal. Oficialmente, debía expulsar a todos, los *kokuas*, es decir los no leprosos, a excepción de los que poseían un permiso de permanencia. Meyer despidió al comisario de policía pero no pudo desembarazarse de Napela., a quien fue devuelta la tarea ingrata de anunciar que a consecuencia

de la mala cosecha, había penuria de *pa'i'ai* y que no recibirían más que arroz. Napela temía que esta medida desencadenara una revuelta, porque el *poi* era el pan de los hawaianos.

Meyer se fue a continuación a Kalaupapa, para intentar persuadir a los *kamaaina* de que vendieran sus bienes. Ante su negativa les amenazó con aplicar la última medida: si se quedaban, Jamás podrían abandonar sus lugares, porque desde la mitad de junio, la segregación sería total.

En Hilo, en la Isla Grande, el brillante abogado William Ragsdale había leído, él también, el informe de la Evangelical Society. Este mestizo, traductor oficial en el Parlamento de los Nobles, había caído, algunos años antes, en las sombras de una profunda depresión y se dio a la bebida ante la aparición en su cuerpo de los primeros signos de la lepra. Sujeto a accesos de cólera aparentemente inexplicables, hubo de ser admitido temporalmente en una institución para enfermos mentales. Allí había aprendido a disimular su mal y había conseguido engañar a su mundillo. Ahora que las mucosas del rostro las tenía atacadas, corría el peligro de hacerse arrestar como un malhechor, una desgracia que había padecido algunos días antes en Honolulu el príncipe Peter Kaeo. Prefirió partir como un gran señor. Se llegó al puesto de policía y recitó solemnemente al shérif, sorprendido por esta visita, el texto que él mismo había minuciosamente preparado: "Tengo el penoso deber de informarle de que tengo la íntima convicción de estar aquejado por esta horrible enfermedad llamada lepra. En consecuencia, me pongo en sus manos para que dispongáis de mi como prescribe la ley". El representante del orden le aconsejó que fuera discretamente a Honolulu para hacerse examinar en el hospital de Kalihi. Ragsdale le dijo que ya había dejado reservado su billete para Honolulu, después para Molokai. Quería partir por propia voluntad, salvar las apariencias.

En el hospital de Kalihi, el doctor Trousseau no pudo más que confirmar la enfermedad y segregar al abogado en Molokai. Ragsdale aceptó este veredicto con magnanimidad y se ofreció a servir de informador al Consejo de salud. "Quiero que mi estancia en la leprosería sea útil tanto a mis compañeros de aflicción como al gran público. Le comunicaré todo cuanto juzgue digno de que os sea relatado". El médico comprendió que este hombre que gozaba de una gran consideración quería hacer todo cuanto estuviera en su lugar para no ser tachado de la lista de los vivientes.

De nuevo, Ragsdale embarcó con nobleza, en compañía esta vez del príncipe Peter Kaeo, que aceptó mal su deportación. Durante años, su enfermedad había sido un secreto a voces; no comprendía por qué de repente las autoridades no aceptaban asignarle residencia en su palacio de verano y le obligaban, a él, un noble, a compartir la suerte de los kanakas.

Como estos dos altos personajes viajaban pagando sus gastos, no tuvieron que apiñarse en la caja para las bestias. A la llegada a Molokai, esperaron en compañía de Upa - el antiguo guía del volcán, ahora contagiado de la lepra - a que el grueso de los pasajeros hubiera desembarcado, antes de coger plaza

en una chalupa que atracó discretamente ante la casa de un *kamaaina* que ejercía la función de magistrado.

Al día siguiente, Napela llevó a Kaeo y Ragsdale al riachuelo.. Mientras se bañaban, les contó que el diario protestante *The Friend* llamaba criminales a todos los que ayudaban a esconder a un leproso. En el *Pacific Commercial Advertiser*, el doctor Trousseau reaccionó a las amenazas recibidas desde el Consejo de salud: no cedería a las presiones que intentaban legalizar a los *kokuas*; todo individuo con buena salud que se establecía en el asilo firmaba su propia segregación. Napela concluyó de ello que debía considerarse como segregado, pero esta medida no le inquietó; él se preguntaba al contrario si Damián se conformaría con la regla.

Los días siguientes, William Ragsdale fue de casa en casa para interrogar a los leprosos con el fin de redactar su informe para el doctor Trousseau. Constató la falta total de cuidados médicos y prometió a los enfermos que insistiría para que el médico viniera rápidamente a examinarles.

Damián se dio cuenta de que el hecho de que no tocara jamás a un enfermo hería a los relegados. Si quería ganar verdaderamente sus corazones, debía correr el riesgo de ser contaminado. El 10 de julio, tomó el barco para Honolulu. El Consejo de salud dio un suspiro de alivio: eso significaba un *koku* de menos en la isla. A su llegada a la capital, el misionero reclamó al provincial para sus enfermos trescientos juegos de vestidos que obtuvo inmediatamente. Existía también otro asunto que abordar con Modesto, pero él quería primero arreglar las formalidades de su visa de entrada. Éste le fue rehusado, a menos que aceptase no abandonar jamás el asilo. Damián explicó al presidente del Consejo, Edwin O. Hall, que en cuanto sacerdote católico tenía la obligación de confesarse una vez al mes. Algunos días más tarde, Hall informó de esta conversación con ocasión de una reunión: Damián se colocaba por encima de la ley, eso era inaceptable.

El médico francés Trousseau, que deseaba realmente ayudar a los leprosos, tomó el partido de Damián. En todos los países civilizados, los sacerdotes y los médicos no estaban sometidos a las leyes sobre la segregación; los privilegios de que gozaba el cuerpo médico debía igualmente ser acordado a los religiosos. Hall comprendía este punto de vista, pero temía crear un precedente; si Damián continuaba yendo y viniendo, los *kamaaina*, a su vez, no aceptarían más la discriminación, las madres querían seguir a sus hijos, los amantes permanecer juntos. Si Damián era un verdadero héroe cristiano, debía aceptar la ley.

El misionero abordó entonces la cuestión de los matrimonios. Los relegados vivían un media de tres a cuatro años en el exilio, el tiempo para algunos de enamorarse y de desear casarse. Damián quería poder bendecir estas uniones si los enfermos lo deseaban. El Consejo le replicaba que primero era necesario asegurarse que los candidatos al matrimonio no habían abandonado un anterior esposo o esposa; en ese caso debían pasar por un proceso de divorcio. Pero todas estas molestias, ¿merecían la pena? al certificaba que

ninguna licencia de matrimonio jamás había sido otorgada a un leproso, lo que no excluía que este caso pudiera producirse en el porvenir.

Damián trató la situación con sus superiores. Si él volvía a Molokai corría el riesgo de ser relegado allí por el resto de sus días. Si continuaba evitando todo contacto con los enfermos, no ganaría jamás sus corazones. ¿Para que servía pasar la vida en la leprosería si el objetivo quedaba fuera de su alcance? Quería volver a Molokai y arriesgar su vida. Los superiores se encontraban ante una elección difícil: ¿enviar un sacerdote a la muerte o destruir su imagen de héroe cristiano?. Damián defendió con un tal fervor a auto contaminación que ganó su propia causa: estaba autorizado a comportarse como un hawaiano, pero quería también poder continuar yendo y viniendo libremente. Los superiores estimaron poder convencer al Consejo de salud.

Desde el retorno a la leprosería, el misionero comenzó su sermón por estas palabras: "Nosotros, leprosos" Admirados, los asistentes levantaron la cabeza, porque el sacerdote les parecía estar en perfecta salud. Les explicó que no tenía la enfermedad en su cuerpo sino en su corazón y que él se consideraba como uno de ellos, empleando para hacerlo el pronombre personal hawaiano significando "nosotros, es decir cada uno sin excepción" y no el "nosotros, un pequeño grupo".

Por la tarde se instaló con fumadores y aceptó la pipa comunitaria. Visitó también cada choza y comió el *poi* con los dedos. *"Tengo que cambiar de tono casi en cada casa, relataba, A veces son palabras de dulzura para consolarlos, a veces pongo dentro un poco de vinagre para que comprendan su mal estado, aveces por fin el trueno resuena amenazándoles con los más terribles castigos si no se convierten"*.

Entró igualmente en casa de Peter Kaeo. El sacerdote y el príncipe encontraron inmediatamente una materia de discusión: Peter era un pariente de Albert, el juguista notorio que había enseñado a Damián los primeros rudimentos del hawaiano. Después de abordar diversos temas, Damián indagó sobre la religión del príncipe. Este respondió que era anglicano y intentaba mantenerse así. El misionero movió la cabeza con diplomacia y dijo que esperaba que un día todas las confesiones se pusieran de acuerdo para ayunar juntas; en este siniestro lazareto, de o que se trataba era de colaborar y no de luchar los unos contra los otros.

El encuentro con Napela fue estrictamente profesional. El superintendente había condenado a seis días de prisión a un hombre que no había enterrado profundamente el cadáver de su padre; en consecuencia, los cerdos le habían desenterrado. Una vez más, Damián propuso clausurar el cementerio católico y prometió para ello madera a la misión. Napela estuvo de acuerdo pero cuando se discutió de este proyecto con el diácono protestante, éste se encolerizó: "No solo quiere atrapar a os vivos, sino que quiere les quiere encerrar dentro de una clausura después de su muerte".

El mismo diácono se irritó al enterarse de que el Consejo tenía la intención de prohibir los caballos en la leprosería. Ragsdale se había quejado por la porquería que inundaba el terreno del hospital. Pero si se suprimía este pasto, los caballos tendrían que compartir con las vacas los prados en que la hierba era escasa. Además, los pacientes tenían necesidad de los caballos, tanto para el transporte como por su esparcimiento. Reprochaban también a Ragsdale haber publicado en el *Pacific Commercial Advertiser* - en un momento en que el aprovisionamiento de *pai'ai* estaba comprometido y en que los pacientes estaban obligados a alimentarse de arroz - que su situación era más envidiable que la de los obreros de las plantaciones de la región de Hilo.

En el curso de una segunda visita a Peter, Damián propuso prestarle obras católicas, pero el príncipe rehusó educadamente, ya tenía su *Book of Common Prayer*, el misal anglicano. Habiendo hojeado el volumen, Damián constató: "No existe más que una pequeña diferencia entre las Iglesias católica y anglicana. Nosotros reconocemos al Papa como el jefe de la Iglesia y vosotros a la reina Victoria. Yo soy creyente, le corrigió Peter con una impaciencia principesca, estoy satisfecho de la Iglesia a la que pertenezco".

Al día siguiente, un velero apareció en el horizonte, pero a causa del fuerte oleaje, tuvo que dar la media vuelta sin haber podido echar el ancla. Las provisiones de arroz disminuían y las pacientes se volvieron contra Ragsdale, que se defendió echando la culpa sobre Napela que debía haber almacenado mayores provisiones.

Después de haber compartido la vida de los relegados, Damián había sido aceptado. Tres domingos a continuación, la iglesia estaba llena a rebosar. El 28 de julio, pidió a los fieles que frecuentaban la misa entre semana que permanecieran en el exterior, para dar a otros la ocasión de asistir más de cerca al oficio. Santa Filomena se quedaba pequeña y el misionero esperaba los materiales para ampliar el santuario. Por la tarde oficiaba para los enfermos en cuatro casas privadas de Kalawao, que estaban también a tope. Organizaba igualmente tres reuniones de oraciones en Kalaupapa.

Después de dos meses y medio de asilo, Damián había definido cuatro puntos de acción que comunicó al superior general de su congregación. El punto más crucial concernía a los cuidados médicos. Si la curación era imposible, se podía poner remedio a los diversos fenómenos secundarios, como las pulgas y la sarna que afligían a los pacientes. Solo enfermeros o religiosas hospitalarias habrían podido cuidar estos pequeños males, pero como Damián escribió a su superior general: "Si tuviera aquí una docena de hermanas del hospital, qué servicio nos prestarían!". Esperaba poder fundar también un orfanato, porque los niños sin padres ni familia eran la presa de los proxenetas o utilizados como esclavos domésticos. Santa Filomena era demasiado pequeña y era indispensable disponer de una iglesia en Kalaupapa. Finalmente deseaba la presencia de un compañero religioso. *"Para confesarme, debo ir a Honolulu. lo que es un problema porque no me va la navegación. El mareo me debilita. Además no puedo asegurar todo el trabajo, un segundo sacerdote es por tanto necesario con toda urgencia"*.

El general decidió responder a este último deseo. André Burgerman, un picpuciano que había trabajado en Tahiti y había contraído allí posiblemente la lepra, estaba preparado para partir a Molokai.

Damián creía que el Consejo de salud debía comprender que su deber e sacerdote era servir a toda la isla. A comienzos de agosto 1873, partió en barco con Joseph Manu para efectuar una gira por el *topside* [toda la isla menos la leprosería]

A su retorno a la leprosería hacia mediados de agosto, encontró un paquete de telas y vestidos enviado por las Hermanas de Picpus. Los enfermos podían todavía llevar los vestidos menos usados; os trozos de telas podrían emplearse como vendas para las llagas supurantes. Para agradecerse a las hermanas les envió una imagen piadosa de la Virgen. La superiora había defendido su causa de la ampliación de Santa Filomena ante la princesa Liliuokalani, que había dicho algunas palabras a Mons Maigret.

La visita que efectuaron durante tres días Sam, Wilder, miembro del Consejo, el doctor Trousseau y el periodista americano Charles Nordhoff fue una verdadera farsa. El médico decidió examinar individualmente a cada paciente y a autorizar volver a su casa los que no tenían lepra. Instaló su gabinete en el almacén del que Upa, antiguo guía del volcán, era responsable. Mientras Trousseau "examinaba" a un enfermo, un segundo se desvestía: era un trabajo en cadena. Detrás de su barba negra, el médico miraba al hombre desnudo o a la mujer desnuda que se encontraba ante él y gritaba: "¿Nombre?". Tomaba nota, después echaba una ojeada rápida al cuerpo tembloroso, indicando uno de los frascos alineados sobre el mostrador. "Una píldora cada día, gritaba antes de continuar: ¡El siguiente! ¿Nombre?" Al salir, los enfermos informaban a la inmensa gente apiñada ante el almacén de lo serio del examen. Concluyeron que ese medicamento no haría ningún efecto. Ragsdale rehusó seguirles el juego. Se presentó de punta en blanco ante el médico y rehusó los comprimidos.

Durante ese tiempo, Sam Wilder intentaba concluir un acuerdo con los *kamaaina*: si prometían no dejar jamás la leprosería, podrían permanecer todavía durante tres años en Kalaupapa sin ser inquietados. El periodista que le acompañaba habló poco, observaba, tomaba notas, fisgoneaba por todas partes, despertando la desconfianza de os enfermos que le consideraron como un espía de los americanos.

El tercer día, Damián invitó a los visitantes así como a Napela, Ragsdale, Kaeo y algunos otros personajes importantes a un desayuno *al fresco*. Había instalado a los enfermos juntos, separándolos por algunas flores de los individuos sanos. Había tomado prestada la vajilla a Ragsdale y Napela, pero como no disponía de bastantes vasos, él mismo y Ragsdale bebieron en un bote el vino rojo importado de Francia. La comida fue distendida, a pesar de la insistencia con la que Ragsdale reclamó un verdadero sistema de conducción de agua. Estaba bien la cuestión de facilitar una pequeña

conducción, pero, según él, Kalawao tenía necesidad urgente de una gruesa canalización para alimentar el poblado a partir del riachuelo. Wilder dio su acuerdo, a condición de que Ragsdale dirigiera los trabajos y que todo el mundo trabajara gratuitamente.

Finalmente, el periodista no habló de Molokai, en su serie de artículos, se refirió a las otras islas. Si se hubiera quedado un día más, habría asistido a un escándalo inaudito. Llegada la noche, los pacientes se lanzaron en una danza macabra y, bajo el efecto de la bebida, destruyeron cantando los medicamentos ineficaces que les había distribuido Trousseau.

Algunos días más tarde, cuando las canalizaciones llegaron, Ragsdale pulsó la llamada de todos los válidos y de los *kokuas* para transportarlos. Despidió a los pocos voluntarios que se presentaron encargándoles de que fueran a contar a sus amigos que pronto sería enviado un cargamento de *paí'ai* y que solo los que hubieran trabajado recibirían una ración. Los obreros juzgaron que era una práctica deshonesta: Sam Wilder les había prometido víveres y vestidos y ahora resultaba que tendrían que trabajar para conseguirlos.

"Coged una azada y cavad", gritó Ragsdale. En su furor, cogió una piedra e hizo ademán de lanzarla contra los obreros. Les vio entonces inclinarse unos tras otros y coger uno un pedrusco otro un bloque de roca. Les amenazó todavía de machacarles el cráneo, pero viendo que una lluvia de proyectiles caería sobre él si lo ejecutaba, tiró su piedra por tierra y se alejó en medio de aplausos.

Los obreros ganduleaban a lo largo del riachuelo hasta la llegada del anglicano Peter Kaeo, seguido del sacerdote católico Damián, del predicador protestante Holokahiki y de Napela que era un antiguo mormón. Con un gesto aristocrático el príncipe ordenó a los hombres que se pusieran a trabajar; obedecieron a regañadientes. Ragsdale prometió después a los *kokua* intentar obtenerles un permiso de estancia si colaboraban ellos también. La noticia se extendió como un reguero de pólvora en el poblado. Cuando Ragsdale se puso a dar lectura de la lista de los nombres, numerosos clandestinos salieron de la sombra de sus chozas. Iba a distribuir el trabajo, cuando un estrépito volvió todos los ojos en dirección al *pali*. Guardando sus listas en una camisa, Ragsdale fue a sentarse junto a Damián, Peter y Napela para asistir al show de los cowboys de Meyer que se metieron en el sendero abrupto con una decena de bovinos.

Bajo los gritos y aplausos de los espectadores, varios animales rodaron por el acantilado como bolas de cañón, machacándose centenas de metros más abajo sobre las rocallas salientes en crestas, con atronadores rebotes de espuma roja. Solo siete cabezas de ganado alcanzaron la playa.

El aprovisionamiento de carne era un real problema en la leprosería. Los animales eran matados en la playa, para permitir que las olas "limpiaran" la sangre, pero este método era cualquier cosa menos algo higiénico. Por añadidura, había penuria de pastos en el bajo de los acantilados, los relegados

no cesaban de llegar y el número de defunciones aumentaba. Ahora bien, las solas tierras en que crecía la hierba abundante eran en las que se podía fácilmente cavar tumbas. La conclusión era clara.

Fue entonces cuando se envió a Damián una carta del Consejo de salud que le golpeó como un rayo. El shérif adjunto de Molokai había puesto pleito contra el misionero ante el Consejo de salud, a consecuencia de otro de los *kamaaina* contra el sacerdote católico que habitaba el asilo, cuando ellos habían sido obligados a vender sus propiedades situadas en Kalaupapa. El shérif sabía que Damián había enfrentado ya por dos veces la ley de la segregación.

El Consejo de salud envió al misionero una amonestación oficial escrita en una hoja encabezada por el membrete de *Departement of Interior Affairs*. Este documento pretencioso le informaba que durante el curso de su última reunión del Consejo de salud se había decidido que Damián debía dejar el asilo: "Los indígenas, cuyas casas habían sido adquiridas por el Consejo para instalar en ellas pacientes de la leprosería, e habían quejado que no se les autorizaba volver a ver su antigua casa ni a sus antiguos amigos, un privilegio del que otros parecían gozar". Damián había enfrentado las sentencias del 10 de febrero y del 16 de junio, no autorizando las comunicaciones con la colonia de leprosos más que a los agentes del Consejo y únicamente por razones de avituallamiento o de gestión. El misionero no debía sentirse aludido personalmente, "los ministros de todas las religiones que habían enviado una petición de permiso de visita al asilo vieron que se lo rehusaban y se habían conformado sin refunfuñar con la decisión del Consejo cuando se les habían comunicado los motivos"

Dejando el asilo sin autorización, Damián había pagado bien algunos problemas, pero no había creído que el Consejo llegara a tales extremidades. Descorazonado y furioso, abrió la segunda carta. Las noticias que le daba Pánfilo no eran más reconfortantes: su hermana Paulina había fallecido, el 14 de junio, de una infección pulmonar, en su convento de Uden en Holanda.

¿Qué había sido el sueño de su juventud? ¿El de trabajar los tres juntos? Al presente, María estaba muerta, Damián prisionero y Pánfilo enseñaba en Louvain. El misionero trataba de contener sus lágrimas, luchar contra esa tristeza. A pronunciar sus votos perpetuos había aceptado morir al mundo, pero este golpe era demasiado duro, su sufrimiento demasiado intenso, Lloró cuanto quiso, solo en la leprosería.

En este momento Ragsdale irrumpió, sin llamar, como un cualquiera., vio que el misionero lloraba. Le anunció que el rey sufría una pleuresía y salió discretamente.

Si Damián estaba deprimido, la población local lo estaba otro tanto. Una revuelta había estado a punto de estallar ante el almacén de Upa. La carga de *pai'ai*, entregada por Joseph Manu, había sido desvalijada en un día. La mar se había puesto de repente mala para las canoas, y Upa, cuyas provisiones de carne estaba igualmente agotadas, no podía distribuir más que salmón y arroz.

Herida en su moral, la muchedumbre se había reunido ante el almacén. Un hombre lanzó una piedra, Upa bajó rápido el cierre y cerró la puerta. Los habitantes, sin control, intentaron derribarla, pero fueron rechazados a golpes de porras por las fuerzas del orden, compuestas en su mayoría por *kokuas* que buscaban con ello hacer méritos contra la ilegalidad de su estancia en la isla.

Algunos días más tarde, en Honolulu, la Guardia real hawaiana se rebeló a su vez contra el maestro de armas de origen húngaro. Los soldados se encerraron en el cuartel. Después de una semana de negociaciones, el rey disolvió la armada y la "guerra del cuartel" se terminó. El país se quedó sin armada.

Como toda la atención se centró en Honolulu, el padre Aubert Bouillon decidió, el 1 de octubre, ir clandestinamente a Molokai. Había pedido oficialmente la autorización de ir a confesar a su compañero, pero se la habían rehusado. En este momento, tenía un pretexto: un marino francés, residente en la isla y que ya no frecuentaba la iglesia desde hacía cuarenta años, reclamó los últimos sacramentos. Disfrazado de *paniolo*, el veterano dejó ya al moribundo al final de la tarde. "*Sombrero de paja kanaka. Me saco mi sotana y la meto en mi pañuelo de bolsillo. Me coloqué negligentemente alrededor del cuello una corbata roja al estilo del país...*" Llegado a Kalae, el pueblo al borde del *pali*, abandonó su montura en un prado al lado de la casa de un contraamaestre mexicano que le condujo hasta el sendero del descenso. La noche estaba clara y hacía relativamente poco viento, podía sin peligro descender el acantilado.

Pero la empresa no se presentó tan fácil como parecía. El veterano se vio obligado a dejarse resbalar sobre sus nalgas, frenando con los pies y las manos. Qué placer para él despertar a Damián y charlar juntos hasta el alba. Ese día, Damián trabajó como de costumbre pero volvió diversas veces a su casa para buscar allí una u otra cosa, permaneciendo cada vez largamente en el interior y cerrando con cuidado la puerta, contrariamente a su costumbre. Su visitante le anunció la gran novedad: un alemán, el padre Fabien, había tomado Kohala. Fabien y Damián, eso se prestaba a veces a confusión en el espíritu de los parroquianos, pero todo marchaba bien. Damián estaba autorizado a seguir en Kalawao si lo deseaba, pero no debía sentirse obligado. Los superiores no querían llevar a nadie al sacrificio. Después de esta conversación Damián tuvo el tiempo justo para confesarse antes de que Aubert no tomara silenciosamente la escalada del *pali* con el claro de luna.

Grande fue su estupefacción cuando el shérif de Lahaina le acusó de haber ido ilegalmente a la leprosería. ¿Quién le había traicionado?. Era simple, los hawaianos eran observadores, numerosos indicios habían revelado la presencia del francés. Aubert invocó en su defensa que su deber sagrado era colocar la ley de Dios por encima de la de los hombres. ¡Se perseguía de nuevo a los católicos! Al shérif le costó permanecer paciente, le explicó que la autorización se había rehusado igualmente al predicador protestante y que la ley era válida para todos.

En octubre, Modesto fue a Lahaina para discutir el caso con Aubert. El provincial decidió tomar un billete en el *Kilauea* cuando éste se acercara a Kalaupapa. Pediría al capitán poder desembarcar, porque una confesión, aún breve, era mejor que nada. El capitán rehusó categóricamente. Los leprosos que arribaban las chalupas gritaron a un *paniolo* que fuera a buscar a Damián. Algunos minutos más tarde, Damián corrió hacia la chalupa que estaba preparada a encontrarse con el vapor. Realizó el peligro de la llegada hasta el *Kilauea*. Sobre el puente, los toros que rugían estaban colocados en sus arneses, después bajados al agua y atados a cada costado de la embarcación, en número igual de cada lado para preservar su equilibrio. A menudo los animales, locos por el miedo, rugían ferozmente y tiraban de las amarras. Cuando llegaban a la orilla, los marineros desataban los arneses, para permitir a los *paniolo*s a caballo llevar a los bovinos hasta la orilla seca.

Sin embargo, Damián se puso a remar hacia el vapor. Rogó al capitán que le dejara subir a bordo, no estaba enfermo. Ante el rechazo del oficial. Modesto no tuvo otro recurso que conversar con Damián por encima de la barandilla. El viejo sacerdote vio a un hombre desesperado, empapado por la lluvia, con las gafas empañadas, y con los pelos como estopa, que le aseguraba que todo iba bien y le pedía poder confesarse. No estaban solos, pero hablaban en francés, que nadie comprendía. Fue así sentado en la chalupa que se bamboleaba por las olas como Damián confesó sus pecados. Después de haber recibido la absolución de su provincial, el proscrito se volvió descorazonado a la orilla y fue a sentarse al lado de los otros "roqueros" - esos guardianes siempre inmóviles presentes en la orilla a la llegada de cualquier barco - hasta la partida del *Kilauea*. Modesto, calmoso de ordinario y resignado, protestó violentamente en Honolulu contra el tratamiento de que era objeto Damián.

Todos los que habían asistido a ese espectáculo - aun el capitán que se había visto obligado a respetar estrictamente la consigna - habían quedado emocionados. Puesta al corriente por las noticias de boca en boca, la princesa Liliuokalani quiso verificar por sí misma la veracidad, pero durante una travesía de algunos días más tarde, ella se vio, también ella, sin la autorización de desembarcar. No se trataba por tanto de persecución. Su alteza tuvo que contentarse con mirar a los "roqueros" inmóviles, que le hicieron recordar a Upa, el guía del volcán, Ragsdale, el intérprete, Napela, el juez, Peter, el príncipe, y Damián el sacerdote.

Ese día Damián volvió al trabajo como si nada hubiera sucedido. Después de la ampliación de Santa Filomena, había comenzado a construir un pequeño oratorio en Kalaupapa, pero continuando el servicio de su parroquia que no cesaba de aumentar.

A partir de octubre, el número de fallecidos aumentó; se daba a veces hasta tres muertos por día. Cada vez que doblaba a muerto la campana, los obreros que instalaban la canalización se paraban un minuto por respeto al difunto, pero, un poco más tarde, la triste campana fúnebre resonaba de nuevo. Damián corría de una casa a otra y, cada vez más a menudo, al moritorio.

Estaba torturado durante esos meses por escuchar frecuentemente el ruido de carraca de la calabaza *uliuli* en el "pueblo de los locos". Un peligroso *kahuna ana ana*, un brujo, había sido recluido allí y hacía renacer la antigua religión. En cuanto el misionero escuchaba los tambores *hula* o simplemente los cantos en honor de Laka, la diosa hawaiana de la fertilidad, empuñaba su bastón y se dirigía derecho hacia la fuente del alboroto. Pero los juerguistas se reunían siempre en una choza con dos entradas, y Damián sabía que, mientras él atravesaba la puerta delantera, los alborotadores huían por detrás. No quería pelearse, sino simplemente destruir el alcohol que enloquecía; se quedaba plantado en la puerta en la entrada de la puerta, esperaba que el último borracho hubiera desaparecido y rompía todas las botellas y calabazas.

Cuando descubría una destilería, procedía más prudentemente. Estudiaba el sistema, siempre ingenioso pero de una gran simplicidad: una caña de bambú, un recipiente de hierro - a menudo un viejo bote de pintura - una calabaza conteniendo agua y un condensador, esto era todo. Echaba un poco de líquido en una cuchara y le ponía una cerilla; si la llama azuleaba, gustaba la cocción para asegurarse de que era de verdad *okelehao*: dos vasos de esta mezcla bastaban para hacer caer borracho y muerto a un bebedor avezado.

Pero las incursiones de Damián eran a menudo inoperantes, los alegres barbians apostaban centinelas. En cuanto veían al sacerdote, gritaban: "Peligro, Kamiano". Los pobres diablos recogían cada uno una botella y de una calabaza y cuando Damián llegaba, la choza estaba vacía.

El 15 de octubre, Jonathan Napela consiguió arrestar un grupo de destiladores clandestinos. Les condenó a la supresión de sus raciones, lo que no era una catástrofe, porque no había víveres. Igualmente dejó libre al policía que se había emborrachado con toda la banda.

Este arresto fue la última acción oficial del superintendente. Sam Wilderle había hecho dimitir de sus funciones porque rehusaba aplicar la nueva reglamentación: los pacientes no recibirían más víveres, más cheques, que les permitirían hacer ellos mismos sus compras en el almacén. Napela temía que este sistema no trajera abusos. Además, juzgaba este reglamento injusto: los relegados después de seis meses recibían 5,75 dólares, tres meses de relegación daban derecho a 3 dólares y los recién llegados se contentaban con 1,5 dólar. Esa tarde, Napela transportó lo que pertenecía al Consejo a la casa de William Ragsdale. De este modo se supo que sería su sucesor; pero esta decisión era impopular, porque "Vagabundo Billy" al ser un perseguidor de faldas notorio, más una mujer se sentiría insegura.

Ragsdale aceptó emitir los cheques, que los pacientes llamaban *kala pepa*, es decir dinero de papel. Este sistema provocó inicialmente un reguero de actividad: eran numerosos los que se pasaban cada mañana en el almacén para ver si habían llegado nuevas mercancías y cuál era su precio. Ahora bien, esos precios eran prohibitivos, porque el Consejo añadía el coste del transporte al precio de venta practicado en Honolulu.

El sistema de los *kala pepa* marchó mal y Damián fue su víctima. Ragsdale le había remitido un sobre conteniendo los cheques destinados a los católicos, demasiado enfermos para venir a buscarlos ellos mismos. Cuando el misionero quiso distribuir los cheques, constató que el sobre estaba vacío. Miro todos los rincones de la casa, revolviendo los armarios de abajo arriba. Un enfermo entró por azar le descubrió de rodillas en medio del caos, lloraba. Ese día, todo le pueblo no hablaba más que de los *kala pepa* que Damián había perdido. Una vez más, circularon los rumores los más insensatos. Se le reprochó de no cerrar jamás la puerta con llave: ¿no se llamaba a su casa "el hotel Molokai, para reposo de los leprosos"? Un ladrón podía haberse introducido en ella. Algunos le acusaron de negligencia, otros tomaron su defensa: los cheques eran nominativos, eran pues inutilizables. El ladrón había pues buscado ensuciar la reputación del sacerdote que no estaba falto de enemigos: borrachos, prostituidos, proxenetas, pedófilos, danzantes de *hula*, protestantes, mormones, drogados, criminales. El último en la lista de sospechosos era William Ragsdale, que habría enviado al sacerdote un sobre vacío.

El Consejo arbitró el incidente y envió nuevos cheques a Damián. Llegaron el fin de octubre por el *Warwick*. El barco intentó en vano desembarcar los víveres, pero las olas eran demasiado fuertes, aún en la bahía generalmente más apacible de Kalaupapa. Tan solo los sacos postales cerrados herméticamente aterrizaron sobre la isla. En cuanto a los enfermos que estaban a bordo, fueron, para su gran alivio, devueltos a Honolulu e internados en el hospital de Kahili.

A pesar del mal alimento que minaba la moral, Damián llegó a organizar un pequeño *luau*, el 1 de noviembre, con ocasión de la consagración de la capilla de Kalupapa. Había pedido a sus fieles llevar cuantos vestidos blancos pudieran, lo que creó un problema, porque otros adoptaron la misma vestimenta, creyendo así tener acceso a la fiesta. Para trenzar guirnaldas y collares, las parroquianas recogieron brazadas de gardenias y de flores de jengibre que exhalaban un fuerte perfume.

Las festividades comenzaron al fin de la jornada. La fanfarria de Damián, sostenida por la coral, tocó primero aires afro-americanos y refranes hawaianos. Desde la llegada del sacerdote, entonaron automáticamente himnos, en la misma línea también alegre. El santuario debería normalmente haber sido consagrado por un superior, pero por razón de las circunstancias, Damián se encargó de ello. Después de la bendición, cantó la misa en una iglesia abarrotada. Llevaba también un *lei*, y el oficio se desarrolló de modo más bien caótico; la asistencia no paraba de hablar y, en varias ocasiones, Damián tuvo que pedir silencio a sus parroquianos. Después de la comunión, la fanfarria se puso a tocar jazz de Dixieland, pero como era la primera fiesta después del mes, Damián perdonó bien a gusto estos desbordamientos de sus fieles.

Ragsdale hizo sacrificar vacas, a modo de contribución del Consejo. Todo el mundo había aportado su parte de cuota: arroz, legumbres, todo cuanto había

podido encontrar. Fue una bella jornada, sin embargo todos sintieron la ausencia de *Lui Ka Epikopo*. Mons Maigret era muy amado.

Esa misma tarde, en su casa, Damián no podía más. ¿Cuánto tiempo duraría aún la segregación? ¿Cómo iba él a confesarse? ¿Por qué los periodistas estaban autorizados a visitar la leprosería y no los sacerdotes? ¿Debía escribir sus pecados sobre una hoja de papel y enviarla por correo a Modesto? ¿Podía él recibir la absolución por correo? Fatigado y descorazonado, confió sus frustraciones al cónsul de Francia a quien se dirigió en una larga carta.

Mons Maigret participaba de los trabajos de s misionero. Él era quien debería haber consagrado la iglesia y asistir a su sacerdote. Las cosas habían llegado demasiado lejos. Se entrevistó con el Consejo y reclamó explicaciones: ¿por qué se rehusaba a Damián el viajar libremente entre las islas?. El presidente Edwin O, Hall le mostró una copia de la carta que había enviado s Damián en setiembre: no se trata de persecución sino de una medida sanitaria que no sufría excepción alguna.

El cónsul de Francia encontró en la carta de Damián suficientes argumentos para exigir explicaciones ante Charles Bishop, el ministro de Asuntos Exteriores. En los términos los más duros permitidos a un diplomático, escribió: "Jamás, en ningún país, aún a medio civilizar, los eclesiásticos, cualquiera que sea su convicción, no han sido impedidos ejercer su actividad sobre el campo de batalla, en todo como jamás los médicos, cualquiera que sea su bandera nacional, no han sido importunados. Molokai es campo de batalla, donde los campeones de la generosidad son raros. Es de notoriedad pública que ciertas personas han sido autorizadas para penetrar al asilo de os leprosos y que otros, al servicio del Estado, le visitan periódicamente. El Padre Damián declara que él también tiene un servicio que asegurar y tiene razón, porque él acepta una noble misión. No pide beneficiarse de privilegios exclusivos que no serían extendidos a los misioneros protestantes sean estos americanos o europeos, y que han mostrado tanto coraje como él., pero no debería ser impedido de comunicarse con su rebaño".

Charles Bishop, el esposo de la princesa Bernice, era un banquero más que un político, pero sabía que no podía contrariar al cónsul de Francia. Partidario de la adhesión de Hawaii a los Estados Unidos, el ministro del Interior no quería sobretodo indisponer a los países europeos. Esgrimiendo la carta del cónsul, pidió explicaciones al Consejo de salud. Hall, que debía saber que numerosos hawaianos - en su nombre las princesas Bernice y Liliuokalani - sostenían a Damián, convocó una reunión de urgencia, en el curso de la cual fue decidido que todos los sacerdotes, pastores y otros dignatarios religiosos pusieran visitar libremente la leprosería. No le quedaba otra cosa que esperar a esta medida no enfrentara contra él a los relegados, porque Rudolf Meyer acababa de señalarle los problemas de aprovisionamiento. Efectivamente, a pesar del crecimiento e número de pacientes, el Consejo se obstinaba en hacer entregar una cantidad de *poi* sin cambio alguno.

Llovía en Kalwao y el viento era frío. Después de dos semanas, los proscritos no habían comido más que salmón y arroz. Después de la muerte de dos hombres que gozaban de una relativa buena salud, sus amigos y sus próximos acusaron a Ragsdale de haberles dejado morir de hambre. Fueron en grupo al superintendente vociferando: "Billy, mira nuestros ojos hundidos. No aceptamos más esta situación, *Papa Ole* nos hace pasar hambre. ¿Dónde está el *poi*?"

El 15 de noviembre, un velero apareció en el horizonte. el Barco arrojó el ancla en la bahía de Kalawao, llevaba un cargamento de *pai'ai*. Pero ese sábado tarde solo fue desembarcado el correo. Al día siguiente, después de la primera misa, Damián se fue a la playa, donde una muchedumbre montaba la guardia. Todos estaban preparados para prestar un mano para descargar la preciosa carga, pero Ragsdale - que acababa de convertirse al catolicismo - declaró que no estaba permitido trabajar en domingo. Los parias la tenían a mano para quejarse, Ragsdale campo sobre sus posiciones. Los del pueblo permanecieron como postes sobre la playa, el barco se balanceaba dulcemente sobre las aguas tranquilas. Pronto en la mañana, el viento se puso a soplar como en tempestad y, antes del alba, el capitán hizo levantar el ancla.

Una tropa encolerizada, armada de bastones, se dirigió al almacén donde se encontraba Ragsdale: "¡Queremos *poi*, chillaban!"

Comed arroz", replicó Ragsdale cerrando la puerta. Como una de choque, se extendió un grito: "¡Abajo Ragsdale! ¡Linchadle!. ¡Bill nos mata de hambre!" La policía intentó en vano formar un cordón para contener a la muchedumbre en delirio. Alertado por el tumulto, Damián acudió, él se abrió un camino hasta la escalinata y se puso a gritar a su vez: "¡¿No tenéis vergüenza? Nadie podía prever este mal tiempo. Estamos prisioneros aquí, intentemos sacar de ello el mejor partido. Cuando yo obtenga un permiso de viaje, iré personalmente a defender nuestra causa en Honolulu".

Las gentes volvieron a su casa, su revuelta no tenía ya ningún sentido. Sin embargo, Ragsdale hizo encerrar a los cabecillas, lo que provocó una nueva rebelión. Los amigos de los detenidos intentaron liberarles y fueron a su vez detenidos. Ragsdale quería hacerlos comparecer ante la justicia de Honolulu, pero el Consejo no lo permitió: los leprosos se debían quedarse en Molokai.

Todo esto no puso término al asunto. Una semana más tarde explotó un nuevo conflicto. Esta vez Peter Kaeo aconsejó a Ragsdale que obrara con más diplomacia pero el superintendente estaba en una muy mala situación. Efectivamente, el Consejo exigía que él impusiera a los relegados el consumo del arroz, del salmón y del pan, productos menos costosos que el *poi* y la carne de buey. En un año, el número de exiliados se había doblado y el de alimentar ochocientas personas no era un pequeño asunto.

Enterados de esta nueva decisión, los rechazados enviaron una petición al Consejo. Como sabían pertinentemente que tendría poco impacto, dirigieron igualmente una carta de reclamación al rey Lunalilo. Su sola esperanza la veían

en el ministro de Asuntos exteriores, Charles Bishop, el esposo de la princesa Bernice, por esta razón le hicieron también llegar un correo.

Todas estas tentativas dieron bien escasos resultados. Los miembros del Consejo deliberaron pero, como les faltaba el dinero, censuraron a Ragsdale, reprochándole de no estar a la altura de la situación. Loco de rabia, el superintendente amenazó a los cuatro redactores de la petición con borrarles de la lista de racionamiento. Estos replicaron exigiendo del Consejo la dimisión de Ragsdale.

Sam Wilder, un miembro del Consejo, organizó una visita de urgencia. Ragsdale consiguió pasearle todo el día por la leprosería sin que encontrara un solo paciente. Todo este asunto era, según él, el resultado de la política manejada por Napela que, en la época en que fue superintendente, habría privilegiado a los mormones que constituía, por otra parte, la casi totalidad de los signatarios de la petición. Durante ese tiempo, el doctor Trousseau examinó a todos los enfermos que se quejaban de baja alimentación, pero detectó pocos signos de malnutrición; concluyó de ello que no era más que cuestión de gustos.

Al día siguiente, el viento se calmó por fin y un vapor pudo desembarcar una provisión de *pai'ai*. Todos los relegados recibieron una generosa ración. Los espíritus se calmaron.

En la carta dirigida el 25 de noviembre a sus padres Damián no aborda estos problemas de aprovisionamiento. Sintiéndoles inquietos, busca calmarles y les propone las preguntas habituales sobre su salud, sus hermanos y hermanas, sus niños, el tío Jacob, el párroco de Wechter. Trabaja todos los días en el hospital para los leprosos pero no deben tener ninguna preocupación por él, monta mucho a caballo. Es verdad que no puede salir de la isla (el día que escribió estas palabras, aún no se había enterado que se le había concedido un pase). Tiene dos iglesias, de las que una la ha construido él mismo, y habita una pequeña casa de madera. Un hombre le cocina carne y arroz, le cuece su pan y le proporciona leche. Bebe cada día una taza de café. No ha cambiado desde su partida; ha envejecido un poco pero ni ha adelgazado ni engordado y lleva siempre las mismas gafas. Cada día celebra un enterramiento y fabrica él mismo el ataúd. Las Hermanas le envían muchos vestidos.

Su hermano Pánfilo tiene derecho a una carta más larga y más personal en la que le revela toda la verdad. Le dice que trabaja desde hace dos meses en el hospital, que entre los dos mil leprosos deportados en ocho años, solo ochocientos siguen aún con vida. *"Estando toda comunicación prohibida amenos de encerrarse allí con ellos, habiendo pasado por debajo del paño mortuario el día de mis votos, he creído que era mi deber ofrecirme a su Grandeza que no tuvo la crueldad, como él decía, de ordenar tal sacrificio"*. Narra brevemente su llegada a Molokai, las noches pasadas bajo el pandano, la generosidad de los blancos de Honolulu, después aborda su actitud de cara a la enfermedad: *"Aunque no soy todavía un leproso y con el socorro milagroso de Dios y de la Santa Virgen no lo seré jamás, así lo espero, me*

hago sin embargo leproso con los leprosos. Cuando predico, es mi giro acostumbrado: "Nosotros os leprosos". Escribe la enfermedad, las manchas, las llagas, el mal olor y reconoce: "Me cuesta mucho acostumbrarme a ello. Un día durante la misa mayor, estuve a punto de dejar el altar para respirar aire puro. El recuerdo de Nuestro Señor haciendo abrir la tumba de Lázaro me retuvo". Al presenta ya se encuentra habituado a este olor que ya casi no le indisponen. *"Algunas veces, sin embargo, confesando a los enfermos cuyas llagas están llenas de gusanos como los cadáveres en las tumbas, necesito cerrarme bien la nariz. No sé dónde hacer la unción de la Extremaunción".* No hay médico para los ochocientos enfermos, pero no tiene importancia, porque *"con toda su ciencia, son inútiles aquí"*. Realiza cuatro o cinco enterramientos por semana. Ciertos difuntos tiene un ataúd, otros son simplemente envueltos en una tela.

Desde que su "liberación" le fue comunicada por el consulado de Francia, Damián recibe la visita de un compañero y puede confesarse. . Pidió una visa de salida a Meyer que se la concedió, pero tuvo que esperar el documento oficial hasta el 12 de diciembre.

Eran numerosos los pacientes que compartían la alegría de Damián que iba a poder por fin defender su causa en Honolulu, pro todos no le eran favorables. El día de Navidad, el predicador hawaiano S.N. Holokahiki depositó oficialmente pleito contra el misionero que, tres días antes, había aceptado que una mujer bautizara subrepticamente a un protestante agonizante. La cuestión era importuna, porque sus correligionarios habían ya cavado una tumba para él en su cementerio. El pastor exigía la partida de Damián: "Este acto ¿no constituye un robo? Que el destinatario reflexione bien esta cuestión. Que sepa que la ley prohíbe todo contacto entre leprosos y no leprosos y que por esta razón, la permanencia aquí del instructor católico es ilegal. El signatario proponía que os católicos reemplacen al sacerdote católico por un sacerdote católico leproso y sugería igualmente que sería preferible ordenar sacerdote a un hawaiano de origen, para asistir los miembros de la fe católica". El Consejo descartó negligentemente esta cata que subrayaba sin embargo un punto delicado: los católicos no tenían oficialmente ningún sacerdote leproso y ningún nativo de Hawaii había aún sido admitido al seminario.

Este fracaso no descorazonó al predicador que, el día del treinta y cuatro aniversario de de Veuster, protestó contra la nominación del nuevo institutor. Se quejaba también de que en cada una de sus visitas al asilo, Meyer bebía una taza de café o un vaso de agua con Damián, pero no pasaba a su casa. Algunas semanas más tarde, Holokahiki acusó a Damián de haber escondido a una mujer *kokua* que había esposado a un leproso católico. Ella había conseguido refugiarse en Santa Filomena y rehusaba abandonar la iglesia. La policía cercó el edificio y exigió que se rindiera. Por una ventana la mujer pidió que llamaran a Ragsdale. Ella se levantó las sayas y le mostró las manchas que tenía en la piel. "Yo no soy *kokua*, declaró fieramente. Soy leprosa. ¿Qué vas a hacer, *luna*? ¿Vas a deportarme? ¿Era necesario enviar a esta mujer a Honolulu para tener la confirmación de su enfermedad o podía quedarse?"

Napela también estaba preocupado. Una roca enorme se había desgajado del *pali*, lo que anunciaba la muerte próxima de una persona de sangre real. Ahora bien, el rey Lunalilo, en el poder desde hacía un año, estaba en la agonía. A su cabecera, sus sucesores presuntos le incitaban a designar al nuevo soberano o la nueva reina, pero la sola palabra que pasó de sus labios fue: "Un *alii*, un aristócrata". Era el 3 de febrero de 1874.

Capítulo X

DOS SACERDOTES PRETENDEN LA LEPROSERÍA Febrero 1874 - Agosto 1877

Cuatro nobles entraban en cuenta para suceder a Lunalilo. La princesa Ruth anunció que ella no tenía interés por el trono. La princesa Bernice, cuyo esposo defendía la unión del reino a los Estados Unidos, prefirió la paz conyugal. David Kalakaua, candidato sin éxito en las elecciones precedentes, esperaba conseguirlo gracias a su programa nacionalista centrado principalmente en la defensa de Pearl Harbour; contaba con su hermana, la princesa Liliuokalani, esposa del gobernador americano de Ohau, John O. Dominis, para aportarle el apoyo de la comunidad blanca. La reina Emma, viuda del rey Kamehameha V, decidió ella también entrar en liza; aunque sin tener programa definido, la "madre de la nación" obtuvo el soporte incondicional de la Iglesia episcopaliana e impuso su propaganda a la prensa católica.

Damián tuvo noticia de esta lucha con ocasión de su gira por el *topside* en Molokai. El 3 de febrero, el padre André Burgermann había desembarcado en Kaunakakai [capital de la isla de Molokai]. Este picpuciano, originario de La Haya en los Países Bajos, había recibido como misión servir las regiones de la isla que no pertenecían a la leprosería y, si fuera necesario, asistir a Damián en el asilo. El nuevo llegado había protestado contra esta repartición de tareas, y Leonor Fouesnel, que no quería a Damián, había tomado partido resueltamente por André que había estudiado la medicina durante algunos años. Sostenido por el veterano, Burgeman puso sus condiciones: quería la leprosería y reivindicaba el título de superior, porque tenía once años más que Damián y por tanto más experiencia. Después de algunos años de enseñanza en Francia, no había por tanto partido en misión más que en 1863, en la misma época que Damián. En Tahiti, contrajo una especie de elefantiasis o de lepra y fue repatriado en 1871. Pero como en Francia no se entendía con nadie, como Mons Maigret reclamaba misioneros y como Damián tenía necesidad de un asistente, el superior general creyó bueno enviar a Burgerman.

El 7 de febrero, desde la llegada de André, Damián comprendió que habría problemas. El holandés no mostraba ningún interés por la región que se le

había encomendado; se portó como un grosero para con los organizadores de una fiesta hawaiana en Kaluaaha; consideró que su conocimiento del tahitiano era suficiente y le dispensaba de estudiar el hawaiano. Durante su permanencia en la leprosería, seguía constantemente a Damián y recogía todas las informaciones necesarias sobre el asilo. Aplazaba cada día su partida al *topside*.

El 20 de febrero, Damián recibió la orden de subir directamente a bordo del vapor *Kilauea* porque el nuevo rey Kalakaua deseaba su presencia en Honolulu; durante su ausencia, Burgeman se encargaría del asilo. En la capital, no se hablaba más que de los incidentes catastróficos que habían seguido a las elecciones del 12 de febrero. Al enterarse de la victoria aplastante de Kalakaua, los partidarios de Emma desencadenaron un motín, un hombre fue muerto, muchos otros heridos, el palacio de justicia invadido y sometido al pillaje. Por haberse disuelto el ejército, Kalakaua pidió la ayuda de las tropas americanas y británicas cuyos cruceros estaban anclados en la rada de Pearl Harbour. Durante este tiempo, la policía hawaiana reorganizada de prisa, arrestó setenta y siete cabecillas que el rey aceptó liberar bajo caución. Esta medida de clemencia no trajo inmediatamente la calma; en efecto, un vidente célebre predijo que el reino de Kalakaua sería maléfico para el país, porque su nombre significaba "el día de la guerra".

Los miembros del nuevo gabinete eran de tendencia más bien liberal y algunos eran librepensadores notorios. Como algunos acusaban al nuevo soberano de prácticas de brujería, se temía no fuera a restablecer la antigua religión, pero el primer domingo después de las elecciones, el rey que era de confesión episcopaliana, asistió a un servicio calvinista. Por la noche, hizo saber a Mons Maigret que el domingo siguiente oíría la misa mayor en la catedral y que deseaba encontrar en ella al padre Damián.

Cuando Damián desembarcó en Honolulu, Herman Köckeman le anunció la nominación para el puesto de ministro del Interior - y por tanto a la presidencia del Consejo de salud - de Herman Widemann, un plantador alemán de confesión católica. Esta situación facilitaría la tarea de Damián en Molokai. Nuestro héroe tuvo el sentimiento desagradable de que ciertos colegas - notoriamente Leonor Fouesnel y su amigo Köeckemann - le tenían envidia.

Él pronunció el sermón en la misa mayor a la que el rey asistió con su séquito. Después del oficio, Mons. Maigret recibió a los visitantes en la *Mission House* donde la coral de Köeckemann les regaló con una interminable serenata después de la cual el soberano, que había insistido en poder conversar con Damián, no tuvo el tiempo de dar la mano a todos. En consecuencia, ordenó a los dos superiores, Louis y Modeste, que se presentaran al día siguiente por la mañana en el palacio en compañía del misionero.

Después de haber saludado cordialmente a los tres eclesiásticos, el soberano entró de inmediato en el asunto: quería ser consagrado rey por Maigret. El obispo se vio obligado a responderle que sería para él un honor si su Majestad

se convirtiera. El monarca manifestó con un simple parpadeo de los ojos su desagrado, después se volvió dignamente hacia Damián y le rogó que le hiciera un informe detallado y exacto de la suerte de los leprosos.

El misionero pasó revista a todos los asuntos: vestidos, avituallamiento, alojamiento, problemas emocionales ligados con la enfermedad, tensiones entre las diferentes confesiones religiosas, estado de la mar. El rey escuchó atentamente, no interrumpiendo a su interlocutor más que para pedirle explicaciones complementarias o ampliar algo sobre las raciones de carne o el número de defunciones, por ejemplo. Finalmente, pidió al sacerdote si tenía algún deseo. Damián no tenía más que uno solo provisionalmente: poder bendecir los matrimonios, formando parte esta ceremonia de la vida normal que los enfermos podían llevar. El rey prometió inmediatamente conceder esta autorización al sacerdote, y la misma tarde Widemann firmó el documento necesario. El rey tenía también un deseo, que era casi una orden: Damián debía informarle de todo lo que no marchara debidamente en la leprosería y comunicarle los deseos de cada uno; él quería permanecer en contacto con los rechazados.

A su vuelta a Kalaupapa, de Veuster se encontró con Sam Wilder, que venía de efectuar una vuelta de inspección de la leprosería y manifestó secamente al misionero que él no estaba descontento del trabajo que realizaba Ragsdale. A la solicitud de este último se debía que hubiera aumentado la ración semanal de una libra de arroz y de una de carne. Por el contrario, las provisiones de *poi*, por estar todavía muy pobres en las islas, no podía proporcionarlas.

Damián se sentía feliz: anunciaría el día mismo a sus fieles que podía llevar a cabo matrimonios y que todos recibirían más víveres; el nuevo rey era una providencia para los leprosos. Con la sonrisa en los labios, se dirigió con buen paso hacia su casa, donde André le asestó la ducha fría: como necesitaba capillas en su distrito de *topside*, él dirigiría la leprosería hasta que estuvieran construidas. Ya que al flamenco le gustaba tanto jugar a carpintero, no tenía más que consagrarse a esa tarea. Furioso, de Veuster replicó a su compañero que aprendiera a hablar en hawaiano antes de hablar de derecho.

Constreñido y forzado, André no tuvo otro remedio que el de volver a *topside*. Durante cuatro días, efectuó trabajos de rutina, después anunció a sus parroquianos de Kaluaaha que después de la misa dominical partiría para Kalaupapa con el fin de pedir a Damián que les construyera una capilla.

Expuso sus planes a su compañero: deseaba una muy bella iglesia de alrededor de 15 metros por 7. Ate la amplitud del Proyecto, Damián escribió con pánico a Modesto: *"El comprende tan bien como yo que apenas tengo tiempo y quizás ni la capacidad para hacerla como se debe. Quiero pues insistir de nuevo para que usted decida enviarle uno o dos hermanos. Si no obstante, mantenéis vuestra resolución de que yo la construya, como he consentido en ello, no retiro mi palabra. No se trata de que yo tema el trabajo, al contrario, me gusta trabajar en las capillas, pero mucho más en la conversión de mis pobres leprosos"*.

El provincial pidió a Fouesnel que supervisaba la catedral de Honolulu y defendía a Burgerman, si podía prestarle un hermano. El constructor entro en una cólera histérica: estaba fuera de cuestión, Damián debía comprender que había una diferencia entre una iglesia de pueblo y una obra maestra, el misionero tenía necesidad de una lección de humildad. André volvió a toda prisa a su distrito, porque la leprosería sería pronto para él. Si se hiciera el exigente, la construcción podría eternizarse y él tendría el tiempo e instalarse en el asilo; podría quizás hasta hacerse construir varias iglesias. Después de quince días, perdió la paciencia y envió un mensaje a su compañero, rogándole que viniera a ayudarle a confesar a sus creyentes para Pascua.

El 30 de marzo, a la llegada de Damián, toda la parroquia estaba reunida. André le entregó una carta que contenía las instrucciones de Modesto para la construcción de la iglesia y abandonó inmediatamente el lugar. Esperaba, después de un mes y medio pasado en Molokai, poder conservar el asilo. Había concebido un plan para hacerlo: fabricaba cada semana de cuatro a cinco mil píldoras que distribuía gratuitamente a los enfermos, lavaba y cuidaba las llagas y daba consejos médicos. Cuando Sam Wilder le preguntó que era o que hacía allí, André se enorgullecía de que, después de su llegada, no estaban censados más que dos o tres defunciones por semana, cuando había estos mismos cada día en tiempos de Damián.

El Consejo de salud se impresionó por estos resultados hasta que el doctor Trousseau analizó las estadísticas. Damián había trabajado durante un invierno particularmente adverso en el que faltaron los víveres; la tasa de defunciones disminuía radicalmente en la estación caliente y menos húmeda. Incapaces de controlar la exactitud de las afirmaciones de André, los superiores de preguntaban si este último era más apto que Damián para trabajar en el asilo. Ante tales dudas no se dieron prisa en encargar madera.

Damián visitó todas las comunidades del *topside*. El 17 de abril, llegó a Kalae, a casa de Meyer. Decidió cabalgar hasta el *pali* para contemplar sus parroquias por las que sentía tanta nostalgia. Encontraron un grupo de jinetes: era el rey, acompañado de una parte de su familia y de miembros del Consejo de salud, principalmente del presidente Wideman. Ante la extrañeza del soberano, éste último le explicó que Damián había dejado temporalmente su puesto en la leprosería por mandato de sus superiores. El doctor Trousseau, que también estaba presente, que en cuanto a él preferiría que Damián descendiera al asilo, porque no aprobaba los métodos de Burgerman a quien consideraba como un charlatán. Kalakaua manifestó entonces claramente que también él deseaba que Damián volviera al lazareto; venía de visitar a los relegados, había visto la desesperación en sus ojos y había prometido ayudarlos.

Algunos días más tarde, llegó la madera que Fouesnel había calificado de "*pequeña bagatela*", y Damián pudo por fin ponerse al trabajo. Se encontraba, por otro lado, confrontado a numerosos problemas personales que escondía cuidadosamente a su alrededor. Había recibido de Pánfilo una

larga carta: su padre se encontraba muy mal y era necesario arreglar la cuestión de la herencia. El superior de Pánfilo se había asombrado de que Damián no hubiera dejado plenos poderes a la Congregación antes de su partida precipitada para Hawaii. Debía conversar sobre el asunto con Modesto Favens, *"ir de legación en legación, hacer revisar la pieza por el embajador de Molokai[sic] y este lo debía enviar al embajador de los Estados Unidos, después al de Londres"*. Pánfilo le anunciaba también con orgullo que había enviado una de las cartas de Damián a una revista misionera alemana que contaba con 17.000 suscriptores y tenía la intención de publicarla.

Damián expresó su descontento hacia Burgerman no asistiendo a la primera procesión del Santísimo Sacramento organizada en la leprosería. Cuando informó a Modesto de los problemas relativos a su herencia, toda la misión de Honolulu se volvió contra él: André era un hombre mucho más capaz, había organizado una bella procesión y bautizaba a los catecúmenos por docenas; Damián, por el contrario, escribía cartas pretenciosas a Europa. Todos los padres presentes en Honolulu se habían enterado cuando la carta publicada en los *Annales*, la revista mensual de la congregación, había sido leída durante un desayuno. Fouesnel, que no soportaba a Damián, le había tratado de *"orgullosa"*; la misión había desarrollado grandes sacrificios por los leprosos, y Damián quería atribuirse todo el mérito. Fouesnel no dejó de informar al superior general: *"Sé que Monseñor se ha sentido extrañado y que por otra parte el P. Damián ha recibido del P. Modesto, que me lo ha comunicado, una reprimenda que debe haberle retirado las ganas de escribir todo cuanto pasa por su cabeza de pequeño cerebro"*. Damián podía construir solo sus iglesias, él, Leonor, no ayudaría en modo alguno al misionero que parecía tan buen carpintero.

Damián se defendió: *"En cuanto a mis cartas impresas, escribí a Modesto, estoy muy sorprendido. No fueron escritas con esta intención. ¿Desea que escriba más tarde una con esta intención o bien que me calle totalmente en todo lo referente a la leprosería?"*. La iglesia de Kaluaaha estaba casi terminada y esperaba, después de una breve visita a Honolulu, poder permanecer algunos días con Aubert Bouillon antes de volver al asilo. "Casi terminada", esto significaba que Burgerman había impuesto nuevas exigencias que retuvieron a Damián hasta mediados de Julio en Kaluaaha. Sin embargo llegaron buenas noticias: el rey había mantenido su palabra y sacado 250 dólares de su caja personal para hacer un donativo a la leprosería. Participó igualmente en una reunión del Consejo de salud y exigió que se pusieran a investigar un remedio contra la lepra. Propuso invitar a Sing Akana, un herborista chino, y a William O.Powel, un médico afro-americano que habría curado enfermos en New York. Los dos fueron introducidos el 21 de junio en Kalawao por el doctor Trousseau en persona.

Damián tuvo noticia de esta visita hacia finales de julio, mientras continuaba estando en Kaluaaha donde Mons Maigret le había intimado la orden de reparar la casa parroquial deteriorada. Envío a Modesto una larga lista de materiales que necesitaba y no habló para nada de la leprosería. Su sola esperanza era poder reintegrarse a su parroquia después de la consagración

de la nueva iglesia, que debía tener lugar el 15 de agosto. La ceremonia fue trasladada al 19, al no poder estar libre Fousnel antes de esa fecha.

Escaldado por los reproches constantes de este último sobre la arrogancia de Damián, Mons. Maigret, tomó como pretexto una exagerada debilidad para ir él mismo a la dedicación de Nuestra Señora de los Siete Dolores y encargó al veterano Aubert Bouillon de esa misión, asignando a Fousnel la tarea de maestro de ceremonias.

Después del *luau* del que se hablaría durante años todavía, André buscó ganar en a Fousnel a su causa en la lucha en que él se había comprometido por la dirección de la leprosería: Damián no tenía sobre los leprosos la influencia que todos imaginaban, por otro lado todos os relegados no conocían ni apreciaban unánimemente al flamenco.

Fousnel siguió estoicamente a Damián en e descenso del *pali*. El misionero que había estado ausente durante cuatro meses fue acogido calurosamente por Ragsdale que estaba manifiestamente bajo la influencia de la bebida; Fousnel juzgó de inmediato que el estado de embriaguez creaba lazos de amistad ilusorios. Los parroquianos de Damián se habían reunido en el lugar de su casa, pero Fousnel no se dirigió más que a los recién llegados que no paraban de hacer elogios sobre el sacerdote-médico que les distribuía generosamente píldoras. No conocían a Damián. Fousnel concluyó que este último no era en manera alguna popular: había creado todas las piezas de su propio mito.

Los primeros días, numerosos parroquianos guardaron una cierta distancia con Damián. Él que había dormido bajo el pandano y predicado "Nosotros, leprosos", ¿no les había abandonado durante una tercera parte del año? Poco a poco los creyentes volvieron por el camino de la cruz, más que por convicción religiosa que por razón de Damián. Pidió permiso al obispo de poder celebrar dos misas por día, un privilegio que había sido concedido a André. Su carta quedó sin respuesta. Recibió al contrario la orden imperiosa de Burgeman de pedir con urgencia materiales para una iglesia en Kaunakakai en el distrito *topside*.

Meyer ere la única persona con quien Damián podía hablar de la situación. Los parroquianos de Kaunakakai tenían efectivamente necesidad de una iglesia, pero de Veuster ¿debía por eso dejar su parroquia después de no haber pasado en ella más que una pequeña semana? El alemán se acordó entonces de una granja ya no usada que podía ser reconvertida en capilla; ese lugar tenía un valor altamente simbólico, porque católicos fueron en ella encadenados durante las persecuciones. Prometió de cambiar alguna palabra sobre ello con el obispo, no en razón de su simpatía por Damián sino porque n apreciaba la actitud de André, que se querellaba continuamente con Napela, Ragsdale o Trouseau y había forzado más de una vez al agente del Estado a intervenir. Además, su ejercicio ilegal de la medicina planteaba un problema. En consecuencia, Meyer aconsejó a Damián que perseverara y se quedara. ¿No tenía un aliado de peso en la persona del rey Kalakaua?

Damián y Meyer discutieron también sobre la lucha por el poder que se jugaba en el seno de la congregación hawaiana. Modesto envejecía, Maigret ya no era un joven y la nueva generación se impacientaba. Los candidatos estaban reunidos en la *Mission House* en Honolulu: el gran chantre Hermann Köeckemann, sacerdote erudito pero tímido, el pedante Léonor Fousnel, hombre de mundo a propósito de quien se cuchicheaba que no tardaría en dejar la congregación y el francés Régis Moncay, religioso agrio y patriotero de quien se decía que estaba tuberculoso. Burgerman se entendía de maravilla con los tres pretendientes con quienes había compartido la vida dos meses.

Régis Moncay, el candidato favorito a la sucesión de Modesto, se comportaba ya como vice-provincial. Estaba preocupado por las enfermedades de piel que presentaban varios misioneros y que podían ser un indicio de la lepra; Ahora bien, como esta era considerada como el cuarto estado de la sífilis, era necesario prepararse para los escándalos. Gregorio Archambaux, que trabajaba en Lahaina en la isla de Maui, estaba sin duda alguna leproso; André sufría oficialmente de elefantiasis, pero podía tratarse de la lepra; en cuanto a Damián que parecía gozar de buena salud, él mismo tenía sus dudas sobre su estado. No reveló a sus superiores que padecía a menudo una sensación de quemadura en los pies; este picor desagradable le volvía irritable, ¿quizás era este el primer síntoma de la lepra?

Damián consultó al médico chino Sing Akana que había seleccionado cinco cobayas - entre ellas el príncipe Peter Kaeo y Ragsdale - a quienes administraba parsimoniosamente su poción costosa y que él había sometido a un régimen estricto: nada de carne de buey ni de pollo, no mariscos ni pato. Los enfermos que habían sido excluidos de ese tratamiento espiaban al médico y recogieron toda suerte de informaciones que les permitieron concluir que el medicamento se componía de concha de tortuga reducida a polvo, de azafrán, de una variedad de flor seca, de algunas otras suertes de hojas y de cortezas. Ragsdale juraba sentirse mejor; en todo caso estaba más calmoso y dirigía con seriedad y pacientemente los trabajos de los arreglos del desembarcadero de Kalaupapa que era de una importancia capital para aprovisionarse de los víveres, sobretodo durante el mal tiempo. Desgraciadamente, al acercarse la estación fría, el estado de salud de las cinco cobayas descendió y se vieron forzados a constatar que Akana había fracasado. Los enfermos se volvieron contra él, acusándole de triturar en su mortero ciempiés, pieles de serpientes y cucarachas.

A fines de octubre, se desencadenó sobre Molokai la primera tempestad de invierno, los chaparrones se alternaban con los rayos, pero el viento soplaba continuamente. Toda la población se inquietó por el rey y su esposa que acababan de embarcarse para San Francisco, desde donde llegarían a Washington con el fin de intentar obtener del gobierno de los Estados Unidos un tratado de reciprocidad. El 17 de noviembre 1874, la leprosería fue atacada por una violenta tempestad. Al comenzar la noche, el viento cambió del sur al oeste y un huracán se desencadenó sobre la isla. Esa noche,

Damián fue llamado a la cabecera de un moribundo, se enfrentó con los elementos, perdió su nuevo capote impermeable y la silla de su caballo, pero pudo administrar los últimos sacramentos al moribundo. Llegó Hubo una calma en el transcurso de tercer día, la lluvia cesó de caer, pero el viento se rebeló casi de inmediato con una fuerza redoblada La noche, por fin, todo peligro desapareció el huracán se había marchado a hacer daño a otra parte. Por la mañana, se pudo medir la amplitud de los daños: 25 casas habían sido destruidas, otra 50 debieron ser demolidas, solo la madera era recuperable. Según una primera estimación, el daño se elevaba al menos a cinco mil dólares.

Damián, que se había callado hasta el 22 de noviembre, encontró ahora la situación demasiado grave. Reclamó socorros de sus superiores; dirigió las listas de los católicos fallecidos y añadió una petición de madera, de la que tenía necesidad con toda urgencia; pidió igualmente retoños de lúpulo para fabricarse la cerveza.

El Consejo de salud decreto el estado de catástrofe y envió a Kalawao un grupo de obreros chinos para construir allí las casas. Se había podido ya remediar lo más urgente gracias a las planchas de tejado que Modesto había hecho llegar a Damián. Para acelerar la reconstrucción, el Consejo autorizó a los enfermos a construirse su propia casa de la que serían así propietarios. La situación se normalizó gradualmente, y, el 19 de enero 1875, Damián pudo por fin preparar una homilía: habló de Jesús a quien presentó a los parroquianos como "el médico del cuerpo y del alma, el *camarada*"